

Os diaboli est seminatoris discordiæ os. S. Bonav. serm. 2, fer. 4 Pent. | La lengua del que siembra discordias es lengua de demonio.

Males que la DISCORDIA causa en la familia, véase: FAMILIA.

DISCULPAS.

Quid fecisti? Respondit Saul: Vidi quod populus dilaberetur à me. Dixitque Samuel ad Saul: Stulte egisti.

Dijole Samuel: ¿Qué has hecho? Respondió Saul: Vi que me abandonaba la gente. Dijo Samuel á Saul: Has obrado neciamente.

(I REG. XIII, 14.)

La mayor malicia del corazón del hombre, y la más opuesta á la divina misericordia, es la que revela el hombre, cuando anda buscando diversas excusas para justificar sus pecados. Sin embargo, son muchos los que, á imitación de Saul, cuando Samuel le reprendía por su pecado, procuran atenuarlo, y aún defenderlo con especiosos pretextos. Ponderan el atractivo y la insinuación seductora de los objetos, el colorido y aspecto decoroso que en ciertas ocasiones se imprime en el pecado, la fuerza y violencia de las tentaciones, y la extremada debilidad de nuestra naturaleza, siempre propensa al mal. Estas excusas son indignas de un cristiano. Si para triunfar de nuestras malas inclinaciones y resistir á la tentación, no pudiésemos contar sino con nuestras fuerzas, razón tendríamos para excusarnos; pero conociéndonos el Señor su gracia, todos podemos fácilmente triunfar del pecado de todos los esfuerzos de nuestros enemigos. Para abatir, pues, la soberbia de los que procuran, ya atenuar, ya defender sus pecados con excusas, voy á demostraros, que con los auxilios que se nos dispensan, puede el pecador salir del abismo de la culpa en que está sumergido, puede vencer las tentaciones, y elevarse á la cumbre de la santidad. La gracia divina obra con suavidad y fuerza; los atractivos de su

suavidad bastan para convertir al pecador sumido en el abismo de la culpa, como la fuerza que nos comunica nos basta para resistir á todas las tentaciones. Ved ahí lo que me propongo demostraros, despues de haber implorado los auxilios necesarios. A. M.

1. La primera propiedad de la gracia es la suavidad, porque procede inmediatamente del corazón de Dios, y es el término del amor más puro que nos profesa. Hé aquí la conducta que con nosotros sigue, muy distinta de la que siguen comunmente los vencedores. Para triunfar de nosotros, parece que, de algun modo, se nos sujeta. No os ofendais de este término; que en nada deroga, como lo vereis, ni á la dignidad, ni aún á la fuerza de la gracia, y solamente significa su suavidad. Parece, digo, que se nos sujeta. ¿Cómo? Vedlo aquí: porque nos aguarda, hasta sufrirnos años enteros. Toma los tiempos oportunos; y con una condescendencia sobre todo nuestro reconocimiento, atempera las ocasiones para ganarnos. Por más interés que tengamos nosotros en solicitarla, siempre es ella la primera en prevenirnos. En lugar de arrancar de nosotros con violencia lo que quiere conseguir de nosotros, nos los pide; y en lugar de pedir con imperio, no lo hace sino solicitando y convidando. No, no pide, dice S. Próspero, sino por tener ocasión de darnos; y nos pide poco por darnos mucho. Se acomoda con nuestras inclinaciones, con nuestros talentos, con las calidades de nuestras almas, y, muchas veces, del modo que explicaré, con nuestras imperfecciones y flaquezas. No nos empeña en cosa dificultosa, en que no nos haga hallar atractivo, ni de que, á pesar de nuestras repugnancias, no excite en nosotros el deseo. No nos obliga á despreciar los bienes de la tierra, sino á la proporción con que nos muestra su nada. No nos hace emprender cosas grandes por Dios, sino imprimiendo en nosotros una alta idea de sus perfecciones y de los premios que nos promete. No nos inclina á renunciarnos y aborrecernos á nosotros mismos, sino haciéndonos convenir, por la confesión de nuestros propios desórdenes, en que esta abnegación es justa, y en que este aborrecimiento está bien fundado. Tal es, amados oyentes, el modo con que procede la gracia, esto es, con suavidad. Escuchadme, y repitamos todos los puntos propuestos por su orden en que hallareis abundantemente vuestra instrucción y el provecho de vuestras almas.

Digo, que muchas veces la gracia aguarda á los pecadores, hasta cansar la paciencia de Dios. ¿Cuántos pecadores tercios han cansado á Dios, han ultrajado su bondad, han irritado su indignación, y á fuerza de amontonar pecados sobre pecados, recaidas sobre recaidas,

y hacer de ese modo cada dia mayor el peso de su maldad, han venido á ser para Dios unas cargas pesadas; mas que, no obstante, por un efecto de su inagotable misericordia, quiere con gusto esperar que se conviertan? Si hubiéramos de hacer juicio de Dios por nosotros mismos, tal vez nos escandalizara esta paciencia; tal vez imagináramos que le falta á Dios el celo de su gloria, y que no mantiene con bastante firmeza la soberanía de su sér. Pero en eso mismo, dicen los Padres, la mantiene; y hace que resplandezca su gloria; porque solamente la paciencia de un Dios pudiera llegar á tanto. La de los hombres, que no tiene mas ensanches que la poquedad de su corazon, se apura muy presto; pero la medida de la paciencia de Dios es su misma grandeza. Dios es sufrido, dice S. Agustin, porque es eterno; es sufrido, porque es fuerte; y es sufrido, porque es Dios: *Patiens est quia æternus est, quia fortis est, quia Deus est.* No solamente aguarda la gracia á los pecadores, sino que con un nuevo primor de su suavidad, toma una ocasion oportuna para tratar con ellos. Cuando leemos en el Génesis, que yendo Rebeca á dar agua á sus ganados á una fuente, se encontró allí con el criado de Abraham, que la anunció su buena suerte, y la eleccion que Dios hacia de ella para ser esposa de Isaac; ó en el libro de los Reyes, que buscando Saul las asnillas de su padre encontró al Profeta, que le declaró lo que Dios queria de él, y le dijo que el Señor le habia destinado para que fuese cabeza de su pueblo y para que reinase en Israel, alabamos la admirable disposicion de la Providencia. Pero esta disposicion, amados oyentes, era entónces solamente una sombra de lo que Dios queria hacer y cada dia hace en favor de sus escogidos. Porque ¿no es este el modo con que ofrece su gracia en las ocasiones favorables? ¿No es este el modo, si puedo explicarme así, con que las dispone unas emboscadas santas, en las ocasiones que su sabiduría ha ordenado, para que se conviertan y se pongan en gracia? S. Agustin tomó en su libro de Confesiones el cuidado de mostrarnos, hasta las menores particularidades del combate que le dió la gracia: la turbacion y la inquietud en que se halló, el jardin adonde se retiró, el amigo santo que le acompañó, el ejemplo de los solitarios que le confundió, el lugar de san Pablo que leyó, y de que se sintió vivamente herido, cuando esta gracia todopoderosa le transformó en un hombre del todo nuevo, y le rindió al fin á Dios. Así, digo, lo publicó él mismo: pues si nosotros hiciéramos una confesion como la suya de nuestra vida, ¿no pudieramos, á proporcion, dar un testimonio como el suyo de nosotros mismos?

2. Y ¿cómo obra en nosotros la gracia? ¿Es con autoridad y con

imperio? No, dice el Profeta rey, sino con bendiciones de dulzura. Aunque Dios, por la eficacia de su gracia es dueño de nuestras voluntades, y puede disponer de nosotros á su gusto, no se vale de ella sin alguna reserva, y si me es lícito explicarme con la Escritura, sin cierto respeto; quiero decir, inspirándonos, persuadiéndonos y pidiéndonos lo que nos quiere hacer querer: *Tu autem dominator virtutis... cum magna reverentia disponis nos* (SAP. XII, 18). Digo más, aunque es Señor absoluto, nos pide poco para darnos mucho. ¿Qué pide al principio? Casi nada, un poco de atencion sobre nosotros mismos, un poco de regla en nuestras acciones, un poco de discrecion en nuestras palabras, un poco de sujecion á nuestras obligaciones. Dadme esto, nos dice Dios: bien poco es; mas, no obstante, de esto poco dependen las gracias mas abundantes. Y á la verdad, muchas veces con esto poco, quiero decir, con una pequeña victoria conseguida de una pasion, con una pequeña fuerza hecha al genio, con un pequeño sacrificio del interés, con un pequeño esfuerzo de la caridad, con esa pequeña mortificacion de una vanidad mundana, nos ponemos en estado de recibir el lleno de los dones celestiales y de las divinas misericordias. Por ahí empiezan las mudanzas y las conversiones grandes. Pues ¿no somos muy culpables, si le rehusamos á Dios lo que nos pide, cuando los bienes que nos promete exceden tanto á lo que espera de nosotros?

Pero digamos algo más eficaz. Juzgo con S. Juan Crisóstomo, que la gracia, para obrar con mas suavidad se atempera á nuestras inclinaciones, á nuestros gustos, á nuestros talentos, y, de algun modo, á nuestras flaquezas, á nuestras imperfecciones y defectos. ¿Somos ardientes y activos? Pues nos anima con santo celo, y nos lleva al ejercicio de las buenas obras. ¿Somos tiernos y afectuosos? Pues nos inspira una ternura de amor para con Dios, que á veces nos hace derramar arroyos de lágrimas á sus piés. ¿Somos de un genio fácil? Pues rectifica esta facilidad de nuestro genio, y la convierte en caridad con el prójimo. ¿Somos de un espíritu rígido y severo? Pues vuelve esta severidad en fervor de penitencia. Muda para con nosotros, dice el apóstol S. Pedro, tantas formas, cuantas son las diferentes disposiciones que halla en nosotros: *Multiformis gratie Dei* (I PETR. IV, 10). Esta gracia nos empeña en ser santos, si quisiéramos serlo, como si Dios nos diera á escoger, y no tuviéramos que hacer mas, en ese punto, sino deliberar con nosotros mismos: para que no nos quede, dice san Juan Crisóstomo, pretexto de excusarnos de seguirla, pues ella se acomoda á lo que somos para el cumplimiento de sus designios; nada hay en nosotros de que no se sirva para la obra de nuestra salvacion;

pues no pide otro natural, sino el que tenemos; ni otra complexion, ni otros talentos para hacer de nosotros lo que Dios pretende que seamos; y al fin, en un sentido, que vosotros entendeis muy bien, sin dejar de ser lo que somos, podemos venir á ser lo que no somos por su medio.

Es verdad, cristianos, que nos obliga Dios con esta gracia á despreciar todo lo que el mundo estima, á renunciar con el corazon las honras del mundo, sus gustos y sus conveniencias; pero ved y probad aún en esto mismo lo suave que es el Señor: *Gustate, et videte, quoniam suavis est Dominus* (Ps. xxxiii, 9). No nos obliga á despreciar el mundo, sino despues de habernos hecho ver con su gracia, que es una ilusion, y de habernos convencido de que nunca nos puede hacer felices. No nos obliga á renunciarle, sino despues de habernos quitado con su gracia la estimacion y el amor que le tenemos. Pues fácil es renunciar lo que no se estima ni se ama.

Este es, amados oyentes, el modo con que obra la gracia. Ved ahí como se hace Dios Señor de los corazones. No con la soberania de su imperio, no con las luces elevadas de su entendimiento divino, sino con la suavidad de su espíritu y de su gracia. Y ved ahí tambien lo que en el juicio de Dios nos ha de hacer inexcusables, la suavidad suma con que nos gobierna. Si las potencias de la tierra de que dependemos, se portáran de esta suerte con nosotros, idolatráramos en ellas. Pero Dios quiere ganarnos con su gracia, y nosotros le somos rebeldes. ¿Diremos, tal vez, que somos frágiles? pero esta gracia, aunque suave en el modo, nos comunica fuerza para obrar bien y resistir á todas las tentaciones.

No nos disculpemos, pues, cuando pecamos; no digamos cuando vivimos en el estado de la culpa, que somos flacos, y que nuestra flaqueza es para nuestra conversion un estorbo insuperable; sino, digamos con el Apóstol, que si somos flacos por nosotros mismos, lo podemos todo con la gracia y por la gracia: *Omnia possum in eo, qui me confortat* (Philip. iv, 13). Desconfiemos de nosotros; pero esperémoslo todo de Dios. Sé, que para salir de la esclavitud á que os tiene sujetos el pecado y vencer al mundo, es menester hacer esfuerzos, y grandes; sé, que es menester dar combates, y fuertes; pero revestíos de confianza, pues Dios os asegura de su gracia luego que se la pidieris de buena fe, y os asegura que esta gracia os basta: *Sufficit tibi gratia mea*. Nuestra misma flaqueza es en la que ella saca á luz toda su eficacia. Dejaos, amados oyentes, dejaos de excusas: corresponded á la gracia, y alcanzareis el perdon de los pecados: corresponded á la gracia, y triunfareis de las tentaciones: corresponded á la gracia, y alcanzareis la gloria eterna, que á todos os deseo.

Véase: GRACIA é INSPIRACIONES.

DIVISIONES SOBRE ESTE ASUNTO.

DISCULPAS DE LOS PECADORES.—Las disculpas con que los pecadores pretenden excusar sus pecados, hacen agravio á la santidad de aquel á quien han ofendido.

Las disculpas con que los pecadores pretenden excusarse, por haber faltado á su deber, hacen agravio á la autoridad de aquel á quien han ofendido.

Las disculpas con que los pecadores pretenden excusarse, porque no evitan las ocasiones de pecar, hacen agravio á la sabiduria de aquel á quien han ofendido,

DISCULPAS DE LOS PECADORES.—Disculpan sus pecados con las tradiciones humanas, que Jesucristo ha condenado, ó que no tienen autoridad alguna.

Disculpan sus pecados con los malos ejemplos de los grandes, sin considerar que son tan culpables como ellos delante de Dios, porque la grandeza no puede autorizar el mal.

Disculpan sus pecados con las fragilidades de los santos, que incurrieron en las mismas debilidades, sin tomarse la pena de imitarlos en su penitencia.

DISCULPAS DE LOS PECADORES.—Sus disculpas manifiestan su injusticia, cuando quieren que sus culpas sean tenidas por leves, despues de haberlas condenado como pecados graves en la persona de su prójimo.

Sus disculpas manifiestan su orgullo, cuando atribuyen el mal que han cometido á los malos ejemplos de sus cómplices y á las importunidades de sus tentadores.

Sus disculpas manifiestan su ingratitud, cuando atribuyen el acrecentamiento de su perversidad á las correcciones caritativas de aquellos que han pretendido corregirles.

Pasajes y figuras de la Sagrada Escritura y autoridades de los santos Padres sobre DISCULPAS, véase: AMOR PROPIO, HUMILDAD. DISCURSOS OBSCENOS, véase: PALABRAS DESHONESTAS.

DISGUSTOS que acompañan á la virtud en esta vida, véase: INJUSTICIA del mundo para con las personas virtuosas.